



LA FUNCIÓN EDUCATIVA DE LA FAMILIA (II)

Como apuntábamos en el artículo sobre el tema del número anterior la función educativa de la familia ha sido objeto de mucho interés para la psicología y la pedagogía general y, especialmente, para los que se ocupan de la educación y el desarrollo del niño en los seis primeros años de vida. Educar correctamente al niño exige que, desde muy temprana edad, se le enseñen ciertas normas y hábitos de vida que garanticen tanto su salud física y mental como su ajuste social. Abordaremos a continuación lo relativo a la formación de hábitos sociales en el pequeño.

Ningún padre aspira a formar un hijo que no se ajuste, por sus conductas, a la vida en la sociedad. Todos quieren que sus hijos sean aceptados por sus compañeros, sean capaces y agradables, los que les posibilite poder establecer relaciones sociales armónicas con sus semejantes. De ahí lo importante que resulta enseñar al niño los hábitos sociales indispensables desde los primeros años.

La conducta social que manifiestan los niños, están estrechamente influida por las normas de conducta que se practiquen en el hogar.

Es en colectivo familiar, donde se deben aprender y practicarlos hábitos y normas positivas de convivencia social. Esto es posible a través de las relaciones que se establecen entre sus miembros. Son las relaciones familiares basadas en el respeto y el amor mutuo las que ayudan a formar los hábitos sociales.

Muchos padres se preocupan por crear buenos hábitos de sueño, alimentación, etc., pero a veces, no toman el interés necesario para enseñar a los hijos los mejores hábitos de cortesía y las formas correctas de convivencia social que se utilizan en la vida en sociedad y que permitan expresar el respeto que se siente hacia las demás personas.

Cuando los padres tienen hábitos de convivencia social, ofrecen manifestaciones de cortesía, de respeto, comprensión, cooperación y solidaridad para con las personas con

quienes conviven, constituyendo verdaderos ejemplos de buena educación. Este ejemplo es muy provechoso, pues el niño se comporta tal como ve actuar a los demás.

Las buenas relaciones de afecto y respeto entre las personas mayores del hogar, abuelos y padres, la cortesía hacia las figuras femeninas, el respeto a los ancianos o imposibilitados físicos, hacen que el niño adquiera buenos patrones de relación con sus semejantes.

Los padres deben empezar por brindar estas manifestaciones de afecto a su hijo, que van desde darle un beso cuando despierta hasta preguntarle cómo le va en el juego, o si le gustó el paseo que recién diera. Ningún padre puede esperar que su hijo sea cortés, si sus manifestaciones de cariño y amabilidad son limitadas e inexpresivas.

Cuando el niño convive con personas de distintas edades y criterios, los padres deben enseñarles con palabras y ejemplos que abuela y abuelo, al igual que ellos, mamá y papá, deben ser respetados por sus años y experiencia y que resulta inaceptable una frase desdeñosa, un gesto o una conversación en alta voz, aunque lo que ellos planteen esté lejos de los criterios y opiniones infantiles. Las observaciones que los niños hagan de las opiniones de las personas mayores, deben ser hechas con respeto y consideración.

Dentro del hogar hay que utilizar expresiones adecuadas, amables con los niños, tales como: “hazme el favor”, “mu-

chas gracias”, “si fueras tan amable”, etc., que facilitan la armonía familiar y lo educan en la gentileza y cortesía.

Las relaciones de cortesía entre hermanos también son importantes. Martí, en *La Edad de Oro* expresó: “Nunca es un niño más bello que cuando lleva en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga o cuando lleva del brazo a su hermana para que nadie se la ofenda; el niño crece entonces y se hace gigante”.

Igualmente estas normas y hábitos sociales no deben darse limitadas al hogar. Merecen respeto y consideración los vecinos a quienes se considerarán como personas cercanas que nos solicitan y prestan su cooperación y afecto.

La cortesía y, en general, los hábitos sociales, deben practicarse en todas partes, en todas las actividades que requieren del concurso del niño. Si el niño hace una visita con sus padres, debe saludar a las personas cuando llega, preguntarles cómo están, no intervenir en las conversaciones que sostienen los adultos, despedirse respetuosamente. Esta misma actuación la deben observar las personas que lo acompañan. Todo esto debe explicársele cuidadosamente y hacer lo posible porque él comprenda los beneficios que se derivan de este comportamiento.

Igual conducta debe tener en otros paseos: lugares públicos, restaurantes, teatros, etc., el niño debe esperar pacientemente que sus padres se sienten y luego hacerlo él. En estos paseos es donde se pone más en evidencia la educación de las personas. Un niño que llega bruscamente al restaurante o cafetería, se sienta antes que sus padres, y tan pronto preguntan qué desean comer, pide sin tener en cuenta a sus padres, lo que da muestra de que en el hogar no se han trabajado estos aspectos de su educación.

Dentro de los hábitos sociales hay que enseñarle a cuidar sus cosas y respetar las ajenas. Así debe cuidar las pertenencias de sus familiares, y en caso de necesitarlas pedir las, teniendo especial cuidado de no dañarlas. Una vez que las devuelve debe agradecer el servicio que los mismos le han prestado.

Otro aspecto a considerar es el comportamiento que debe adoptar el niño en los lugares públicos, como pueden ser teatros, veladas, celebración de conmemoraciones, etc. Se le debe enseñar desde pequeño, que existen actos que por su solemnidad exigen una conducta determinada. Los padres le explicarán que, durante los mismos, deben mantenerse en silencio, en actitud atenta y que cualquier manifestación de ausencia o desgano, da muestras de irrespetuosidad. Deben enseñarle el respeto por los símbolos de su Patria: bandera, himno y escudo, así como por sus mártires y líderes, para que forme sólidos sentimientos que lo capaciten como futuro ciudadano.

Con el ejemplo ha de enseñarse al niño a cuidar la naturaleza, los animales y las plantas, a no dañarlos; a cuidar no sólo el hogar, sino de otros lugares que se frecuentan o simplemente se transita por ellos: calles, parques, museos, áreas verdes en general.

De forma sencilla, natural y con el ejemplo, el cariño y la sistematicidad se han de formar en los niños los hábitos expuestos con anterioridad.

Potencialidades educativas de la familia

La indiscutible importancia que en edades comprendidas entre 0 y 6 años para todo el desarrollo integral del niño hace que en las políticas educativas de los diferentes países se ha entrado seriamente a valorar cómo, por qué vías sería posible estimular el desarrollo general del niño: emocional, intelectual, físico, motriz, social. En algunos lugares se crean nuevas instituciones infantiles a las que acuden los pequeños a partir de tercero o cuarto año de vida, pero no son suficientes, no abarcan a todos los niños en estas edades y ¿qué pasa con los que tienen edades inferiores? ¿Se deja a la espontaneidad, se espera a que crezcan y existan instituciones educativas para ellos y mientras quedan en zonas “apagadas” de su cerebro? Una rotunda negativa es la respuesta a esta interrogante. En las edades en las cuales más se necesita la estimulación hay que procurarla y para ello existen programas de educación no formal, que mediante materiales educativos de fácil comprensión orientan a los padres, a la familia, acerca de que acciones puedan favorecer el desarrollo físico, intelectual, del lenguaje emocional de los hijos, cómo lograr la formación de hábitos higiénicos, culturales, todo en un clima de amor y comprensión.

¿Y por qué se estructuran estos programas? Porque la educación familiar se puede ejercer sin propósitos conscientes, “educando como me educaron a mí” y, de lo que se trata ahora es de lograr que los padres lleguen a adquirir ciertos conocimientos y a desarrollar determinadas habilidades que les permitan ejercer más acertadamente su función educativa, pues están comprobadas las enormes potencialidades educativas de la familia.

Algunos de los programas que existen en los distintos países latinoamericanos como: Venezuela, Colombia, México, Chile, Ecuador, aunque prevén la educación de la familia, la atención educativa se realiza esencialmente por una madre “cuidadora” de la comunidad, que -aunque de bajo nivel cultural- recibe cierta preparación para la atención a los niños. En realidad esta modalidad funciona como pequeñas instituciones comunitarias que cuidan y protegen al niño de accidentes y realizan algunas acciones alimentarias y, en menor medida, educativas.

Otros programas sobre la base del conocimiento de la potencialidad educativa de la familia, y de que es en ella que transcurre esencialmente la vida del niño hasta que ingresa en la escuela, hacen centro de atención la preparación de la familia para que ejerza con mayor rigor científico la educación de sus hijos en el hogar, entre estos últimos se encuentra “Educa a tu Hijo”, de aplicación en nuestro país, constituyen proyectos educativos dirigidos a preparar a las familias mediante orientación directa y materiales ilustrados acerca de cómo estimular el desarrollo del niño en distintas esferas de su personalidad y en su preparación para la escuela.

En el caso del programa “Educa a tu Hijo” vale señalar que parte de la convicción de la importancia de crear las mejores condiciones para el óptimo desarrollo de los niños desde que nacen hasta los seis años, tanto en el seno del hogar como en las de instituciones educacionales.

La imposibilidad de garantizar la atención educativa sistemática a todos los niños, desde las edades más tempranas,

en instituciones y la certeza de que, aún y cuando ello fuera posible, la familia es su primera e insustituible escuela; así como el conocimiento de experiencias realizadas en otros países para prestar atención educativa a los infantes desde sus más tiernas edades, fundamentó la concepción y puesta en práctica experimental de este programa que abarca cuatro áreas fundamentales del desarrollo en este período etario: comunicación afectiva, desarrollo intelectual, desarrollo de los movimientos y formación de hábitos.

La familia es preparada para la realización de diferentes actividades dirigidas al desarrollo de las áreas mencionadas, las cuales se describen en folletos en los que de forma sencilla, asequible y muchas veces con ilustraciones, se orienta a la familia acerca de cómo realizarlas.

En cada uno de los folletos que constituyen la colección “Educa a tu Hijo” se explican, además, las características del niño de acuerdo al período de vida cuyas orientaciones abarcan ese ejemplar (recién nacido, dos a tres meses, de cuatro a seis meses, etc.) se brindan indicadores generales del desarrollo que permiten a la familia conocer qué ha logrado su niño al final del período y se incluyen recomendaciones de algunos cuidados que hay que tener con los niños de estas edades.

La efectividad lograda en la aplicación por las familias de los diferentes programas no formales demuestra cómo estas se apropian de los conocimientos necesarios acerca de las particularidades del desarrollo de sus hijos, de la importancia de su educación en las distintas edades, de cómo estimular mejor, con cuáles procedimientos hacerlo, muestra el nivel de compromiso que adquieren al sentirse responsables de la formación del pequeño.

Aunque en las edades que preceden al ingreso en la escuela es, en general más elevada la cantidad de niños que asisten a instituciones infantiles, en este período, la influencia de la familia es decisiva con respecto a la preparación psicológica, emocional, del niño para su ingreso en la escuela en la cual ha de ser ya un escolar, cuya conducta será el resultado de toda una etapa anterior de preparación, y reflejará, sin duda alguna, cuál ha sido el trabajo realizado por los padres.

La escuela, con todas sus nuevas actividades y deberes constituyen la primera responsabilidad en la vida del niño. Ella le plantea una serie de exigencias y nuevas tareas que requieren de él no pocos esfuerzos y que significan un gran cambio en su vida, pues cambia el tipo fundamental de actividad que el niño debe de realizar, ya no es el juego: cambian sus relaciones con el adulto, el maestro le va a plantear el cumplimiento del estudio —su nueva y primera responsabilidad— los padres y familiares se van a preocuparse acerca de cómo aprende; cambia el sistema de relaciones con sus compañeros, otros lo van a evaluar fundamentalmente por el resultado en el estudio.

La familia está muy comprometida en asegurar a los pequeños un feliz comienzo, esto depende en gran medida, de la creación de una actitud positiva hacia la escuela, hacia el maestro y hacia el estudio. Y es muy fácil de lograr.

Todos los estudios realizados muestran que casi el 100% de los niños manifiestan su deseo de ser escolar, de ir a la escuela, de aprender mucho. Cuando preguntan acerca de estos temas, se obtienen respuestas como: “Ya yo soy gran-

de, puedo ir a la escuela”. “Quiero aprender a leer cuentos”. “En la escuela me enseñarán muchas cosas, igual que a mi hermano”.

Estas afirmaciones en los niños evidencian que existe en general una buena disposición que la escuela, el estudio, los libros, los hacen sentirse mayores y responsables, ¿por qué entonces en algunos niños se ponen de manifiesto conductas negativas, llanto, miedos, vómitos?

En la mayoría de los casos la responsabilidad recae en los padres. O bien, no se ha creado una imagen agradable, positiva de la escuela o del maestro, o bien es posible que el niño sea muy dependiente, que esté tan ligado a la familia que la separación le provoca ansiedad o temor a enfrentarse a un mundo nuevo a nuevos amiguitos y deberes. Todo esto evidencia su insuficiente desarrollo de sus relaciones sociales, un inadecuado desarrollo afectivo.

Muchas afirmaciones que, en forma no premeditada hacen los padres, contribuyen a crear en el niño una imagen negativa y deformada de la escuela. “El maestro es el que te va a arreglar”. “Deja que tú llegues a la escuela”. “Ya pronto empezarán las clases y entonces ya verás”. Estas expresiones de los padres crean en los niños una imagen negativa de la escuela, la ven como un lugar no deseable y se imaginan al maestro como alguien que inspira temor.

Es posible que en la casa haya varios hermanos que ya asisten a la escuela, y el pequeño escucha comentarios negativos al respecto. Estos comentarios lejos de despertar el deseo de asistir a la escuela hacen que la rechace.

Otras cosas que pueden hacer los padres para crear en el pequeño una actitud positiva ante la escuela es acercarlo a ella. Pasear por los alrededores de la que será su escuela, conversar agradablemente con el niño acerca de lo bonita que es, que vea cómo los niños juegan, estudian y también trabajan en cosas tan agradables como cuidar las plantas, etc. Si sus hermanos tienen una fiesta escolar y el niño más pequeño puede asistir, es bueno que los padres lo lleven y vean en los murales todos los trabajos interesantes que hacen los niños mayores.

Diversos estudios realizados muestran que para el niño de edad preescolar, cobran gran importancia los llamados atributos externos como son: el tener uniforme, libros nuevos, lápices, plumas, colores, reglas, etc. Es por ello que los padres del futuro escolar deben prestar importancia a estos aspectos. El dedicar una pequeña mesa con sus gavetas para el niño, en cualquier rincón de la casa, colocar en ella todas sus nuevas pertenencia y señalarlo como su futuro lugar de trabajo, son recursos que ayudarán también a que comprenda toda la importancia que tiene la escuela y sus deberes como escolar.

Si sus padres hacen todo ese trabajo “psicológico” con el propósito de crear una imagen agradable y atractiva de la vida escolar, es posible que el primer día de clases su niño sonriente les dirá adiós desde la puerta de la escuela.

Otro de los aspectos fundamentales que incluye la preparación del niño para el aprendizaje escolar es desarrollar en ellos el deseo de saber. Un niño que siente el deseo de conocer muchas cosas acerca del ambiente que le rodea experimenta una insaciable curiosidad ante los fenómenos del mundo natural social, será un niño que mirará la escuela como el lugar

maravilloso en el que podrá satisfacer todos sus por qué.

En fin, que la edad preescolar muchas veces se conoce como la edad de los por qué. Esto se confirma en la vida diaria. Cuando se viaja en un ómnibus, cuando nos sentamos en un parque, siempre que a nuestra atención llega la conversación de los niños preescolares, escuchamos estos interminables e interesantes por qué: ¿Por qué la luna sale nada más que por la noche? ¿Por qué no se cae? ¿De dónde viene la lluvia? ¿Qué es esto?

No siempre estas preguntas encuentran respuestas adecuadas en los padres. No es que falte carácter científico a las respuestas, sino que la forma en que se dan no es adecuada. Muchos padres comienzan dando algunas respuestas, pero enseguida se cansan y no prestan más atención a los niños; otros matan este deseo de saber, diciéndoles secamente: “no seas tan preguntón, ya lo sabrás después”.

En realidad, los padres tienen muchas oportunidades de fomentar ese deseo de saber de los niños, no sólo contestando sus preguntas, sino creando en ellos mismos inquietudes, haciéndoles observar algunas cosas interesantes, logrando que fijen su atención en múltiples cosas del mundo que les rodea. Y realmente, este trabajo no es difícil. No hay que realizarlo de una manera difícil. No hay que realizarlo de una manera especial, sino que forma parte de todos los momentos en que los padres se relacionan con sus hijos.

El mundo de los libros es algo que los papás pueden utilizar para despertar el interés de los niños por conocer muchas cosas. La lectura de estos libros de cuentos, fomentará en ellos el deseo de aprender a leer. Los libros con láminas acerca de la naturaleza o del trabajo del hombre, provocarán muchas preguntas que los padres deberán responder y además, enfatizarán cómo en la escuela aprenderán mucho más sobre éstas y otras muchas cosas más.

Por supuesto que esta fructífera labor de los padres tiene que ser confirmada en la práctica de la educación en la escuela que debe ser para el niño ese lugar sorprendente en el que cada día aprenderá algo nuevo e interesante, donde, junto con sus compañeros y maestros, descubrirá los secretos del mundo natural, aprenderá a transformarlo y crear nuevas cosas.

Por otra parte, el niño en la escuela, comenzará el aprendizaje sistemático de los fundamentos de las ciencias. Para realizarlo con éxito es necesario que haya desarrollado toda una serie de habilidades, que haya adquirido toda una serie de información y alcanzado un grado suficiente en el desarrollo de procesos, como el lenguaje, la percepción y, fundamentalmente, el pensamiento.

Si los niños acuden al círculo infantil o a un aula preescolar tendrán todo un conjunto de actividades programadas, dirigidas a lograr ese desarrollo. No obstante, los padres pueden contribuir extraordinariamente a este trabajo, que resulta imprescindible para aquellos niños que van a ingresar directamente a la escuela, en el primer grado.

La mano del niño puede convertirse en una mano hábil, preparada para realizar los movimientos finos que requiere la acción de escribir. A ello contribuirán muchas actividades que resultan muy interesantes para los niños de esas edades. Manejar el pincel o la tempera, proporcionarles plastilina para que moldeen, recorten, peguen, etc., son actividades que

atraen mucho a los niños y que además contribuyen a desarrollar su percepción, su imaginación y creatividad y, además se acostumbrará a permanecer un período sentado, tranquilo, concentrado en una tarea.

Es importante, que el niño que ingresa a la escuela tenga un nivel de desarrollo de su lenguaje, adecuado. El lenguaje va a convertirse en un instrumento indispensable para la adquisición de nuevos conocimientos y para expresar los mismos de una manera correcta.

Para lograr este desarrollo no hay que hacer un trabajo al que se dedique un tiempo especial; se trata de orientar y controlar las conversaciones con los siguientes objetivos: que el niño sea capaz de describir lo que ve, ya sean objetos, láminas, hechos de la vida común o fenómenos que observe: que el niño pueda contar con coherencia, uniendo correctamente sus oraciones, sobre lo que hizo ayer, sobre lo que quiere hacer en el momento o acerca de lo que hará en el domingo en sus paseos. Además de enriquecer su lenguaje, le ayudará a pensar en lo que sucede ahora, lo que ya pasó y en lo que sucederá, esto contribuye a su orientación en el tiempo. Órdenes cortas que se le dan al niño, como: alcánzame el libro aquel que está dentro del costurero, pon este libro arriba de la mesa, recoge tu maquinita que está debajo de la silla, etc., ayudarán al niño a orientarse en el espacio, lo que resulta una adquisición indispensable para su desarrollo.

Resumiendo las ideas expuestas, diremos que debemos trabajar para lograr en el niño un desarrollo general, más que para un logro de habilidades, muy específicas y concretas.

Finalmente, algo que es quizás lo más importante en todo período preescolar; tanto los educadores en las instituciones infantiles, como los padres en el hogar deben sentar las bases del sentido del deber y la responsabilidad en los preescolares.

Se ha insistido mucho en que los niños deben hacer cosas que les resulten atractivas e interesantes, realizando distintas actividades en forma de juegos, por ser ésta la actividad fundamental a través de la cual se desarrolla el niño en la etapa preescolar. Esto es cierto. Pero resulta también importante, acostumbrar al pequeño a tener algunas responsabilidades, a cooperar en algunas actividades, que aunque no sean tan atractivas para ellos, deben realizarse porque son necesarias para la familia. Poco a poco el niño se acostumbrará a ellas y comenzará a sentir el placer de hacer algo para los demás.

Muchas son las tareas que se plantean a los padres, como un deber en la preparación adecuada de sus hijos, para ese importante acontecimiento que es la entrada en la escuela. Sin embargo, los ejemplos y situaciones presentados evidencian que no se trata de un trabajo más, sino una forma de dirigir y organizar toda la actividad educativa en la vida de la familia.

En la medida en que la institución se vincule a la familia irá tendiendo un puente que posibilitará la vinculación de los padres a las actividades que ella convoque.